

**Santa María Magdalena
de Pazzi, carmelita.**

AVISOS Y ENSEÑANZAS

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44

41003-Sevilla

Escribió: Santa María Magdalena de Pazzi, carmelita.

Tradujo al castellano: M.^a del Pilar de la Figuera y López Casal.

Edita y propaga: AMACAR, Apostolado mariano-carmelitano.

Imprime: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

Herreros, 42 - Pol. Industrial «Los Angeles»
GETAFE (Madrid)

I.S.B.N.: 84-7770-548-8

Depósito legal: M. 4.101-2001



LORE MORI

PORTICO

En 1960-1966, con ocasión del IV centenario del nacimiento en Florencia de SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZI, se publicaron en Italia, en edición crítica y bellamente presentada, todas las obras de esta ínclita mística carmelita.

En el volumen VII y último se incluían estos hermosos AVISOS Y ENSEÑANZAS que a lo largo de su breve vida religiosa fue dictando, con su vida y su palabra, esta gran teóloga.

No ha tenido mucha fortuna Santa Pazzi en España. Su obra más veces publicada ha sido estos **Avisos y enseñanzas**.

La última vez lo hizo el inolvidable P. Joaquín M^a Guarch (+ 1978) en ediciones Carmelitanas, 1959.

También yo en 1966, en una obra que publiqué sobre la Santa en Roma: **Magdalena**, incluía casi todos estos **Avisos y enseñanzas**.

Agotadas ambas obras, la reedita AMACAR con el deseo de que haga mucho bien a los lectores.

Onda (Castellón) a 2 de Abril de 1991, aniversario 425º del nacimiento de su santa Autora.

El Editor.

Introducción

1. *Con el título: "Advertencias y avisos dados por Santa María Magdalena de Pazzis a diversas religiosas en su vida", fué publicado por vez primera este opúsculo, en Roma, el año 1669, por el sacerdote Juan Antonio Solazzi.*

El opúsculo, a juzgar por las muchas ediciones que de él se hicieron, tuvo extraordinaria aceptación, conforme a la fama de la Santa, en el período de la Contra-reforma. En particular baste recordar el aprecio en que lo tiene San Alfonso María de Ligorio, sobre todo en su Monja Santa.

El año 1892 publicóse también en Barcelona una versión española a cargo de Aureliano Estany.

2. *En cuanto a su origen y contenido, el opúsculo recoge fielmente la enseñanza oral de la extática virgen carmelita en torno a la vida religiosa o vida de santidad y perfección, tal como ella tan heroicamente la viviera. Viene a ser como su "Novissima verba", sus postreras palabras, su testamento espiritual, especie de complemento de sus anteriores Extasis en la última etapa de su vida (1590-1607). O también como los "Recuerdos" que de sus máximas y sentencias favoritas nos han transmitido, sistemáticamente orde-*

nadas, sus inmediatas discípulas, después de archivarlas cuidadosamente, a raíz de su muerte, en precioso manuscrito de principios del siglo XVII, hoy todavía existente, entre otros, en el Monasterio florentino de Santa María de los Angeles. Leyéndolo, acuden espontáneamente a la mente las "Cautelas" o los "Consejos" con los "Dichos de luz y de amor" y los "Avisos" de un San Juan de la Cruz o de una Santa Teresa, y, remontándonos más aún, dentro siempre del mismo género literario, los famosos "Apotegmas" de los Padres del Desierto: doquier se percibe la misma experiencia vivida.

3. *La obra, sin duda, tiene por objeto propio la vida religiosa canónica, de la que constituye en su conjunto un catecismo ascético admirable. Su valor, sin embargo, es mucho más amplio. Verdadero compendio de la perfección evangélica, de hecho sirve para toda alma que en pos de Cristo camina sinceramente en busca del Reino de Dios y de su justicia. "No se abre jamás este libro sin dar con una sentencia preciosa que penetra en el corazón y derrama la luz en el espíritu, quedando en él como celestial perfume. En estos "Avisos" encontrarán seguros documentos cuantos aspiren a una perfecta unión con Dios."*

Porque no hay que olvidar una cosa siempre que de vida religiosa se trata: los numerosos cristianos que de hecho no son llamados a abrazarla, pueden e incluso deben adoptar su espíritu, en la medida en que su estado se lo permita, para intensificar de este modo su vida cristiana en su medio ambiente propio.

Precisamente, si la Santa se afanó tanto en sus días por la renovación de la vida religiosa desde los muros de su Monasterio, esto más que nada fué debido a su clara percepción de la naturaleza "eclesial"

de la vocación religiosa no menos que del sentido "escatológico" de la vocación cristiana; es decir, que la vocación religiosa contiene en el fondo el programa integral de la "perfección" evangélica para toda la Iglesia.

4. *Es de esperar, pues, que el penetrante y confor-
tador "buen olor de Cristo" que emana de todos y
cada uno de estos "Consejos y Avisos", salidos de un
corazón abrasado en el amor de Dios y de todos los
hombres, a la vez que servirá para hacer brillar a
los ojos de todos la excelsa dignidad de la vida reli-
giosa devolviéndole su primitiva pureza, servirá tam-
bién para recordar a todos el gran mensaje evangé-
lico de la vocación universal a la santidad.*

Datos cronológicos de la vida de Santa María Magdalena de Pazzis ⁽¹⁾

2 de abril de 1566, nace en Florencia, de noble y distinguida familia. Catalina es la hija segunda de Camilo Geri de Pazzi y de María Buondelmonti.

26 de marzo de 1576, recibe la Primera Comunión; obtiene el permiso de comulgar cada ocho días. El P. Andrés Rossi, jesuíta, la introduce en la vida interior, enseñándole a hacer oración mental.

19 de abril de 1576, hace voto de virginidad.

30 de noviembre de 1578, primer éxtasis, encontrándose en una casa de campo.

1580, nombrado su padre gobernador de Cortona, Catalina queda en Florencia confiada a las religiosas de San Juan de los Caballeros. Allí permanece quince meses y se advierten los primeros indicios de vocación.

1581, vuelven sus padres a Florencia y empiezan las luchas y sufrimientos a causa de su vocación.

14 de agosto de 1582, período de prueba en el monasterio de Carmelitas de Santa María de los Angeles.

(1) Para un más amplio conocimiento de la vida y personalidad de la Santa, véase SANTA MARÍA MAGDALENA DE PAZZIS, *por una monja del monasterio de la Santa*, 417 páginas, publicado por Ediciones Carmelitanas, Ayala, 35, Madrid, 1956.

Ha escogido este monasterio especialmente por autorizarse en él la comunión frecuente. Vuelve a casa de sus padres.

30 de noviembre de 1582, conseguida la autorización de sus padres, ingresa definitivamente en el monasterio.

30 de enero de 1583, viste el hábito con el nombre de Sor María Magdalena.

27 de mayo de 1584, en la mañana de la Stma. Trinidad emite la profesión por encontrarse gravemente enferma. Cada mañana, durante cuarenta días, después de comulgar, es elevada en éxtasis (1). Primeros carismos.

8 de junio de 1585, en la vigilia de Pentecostés se inicia el segundo ciclo de éxtasis, que dura toda la octava. En la fiesta de la Stma. Trinidad comienza la prueba que durará cinco años, conocida por el nombre de "el lago de los leones".

20 de julio de 1586, en éxtasis es llamada a la obra de la renovación de la Iglesia. Arrobadada, dicta cartas al Papa Sixto V, cardenales de la Curia Romana y otras dignidades eclesiásticas.

1586, 1587 y 1589, en medio de los cinco años de pruebas, recibe extraordinarias gracias.

1589, es elegida submaestra de novicias.

10 de junio de 1590, en la fiesta de Pentecostés cesa la terrible prueba de los cinco años.

(1) Su situación y locuciones durante los éxtasis de estos cuarenta días fué descrito y copiado por las religiosas de su monasterio. Es el primero de los cinco libros de la Santa conservados en el monasterio de las monjas carmelitas de Florencia. Recientemente ha sido publicado por primera vez en español, bajo el título original de *Los Cuarenta Días*, por Ediciones Rialp, Madrid, 1956.

6 de octubre de 1595, es elegida maestra de las recién profesas.

2 de octubre de 1598, es nombrada maestra de novicias.

24 de junio de 1604, último éxtasis. Este año es elegida subpriora y poco después cae enferma.

25 de mayo de 1607, después de tres años de muy dura enfermedad, entregó su hermosa alma a Dios. Contaba 41 años de edad.

8 de mayo de 1626, el Papa Urbano VIII la proclamó beata.

22 de abril de 1669, es canonizada por Clemente IX.

I

El llamamiento divino

1 Así como de poco sirve una piedra preciosa desconociendo su valor, de igual modo no sacaréis gran fruto del estado religioso, si primero no conociereis la dignidad y excelencia del mismo; no conociéndole, ni lo amaréis ni tendréis en la estima que se debe.

2 La religión es un lugar sagrado y una imagen del Colegio Apostólico; ella es paraíso de delicias, jardín de Dios y la pupila de sus purísimos ojos.

3 Ser llamado a la religión es ser llamado al servicio de Dios; y servir a Dios, es reinar y comenzar ya en la tierra lo que eternamente se hará en el cielo: alabarle y bendecirle.

4 El estado religioso hace profesión de imitar al Verbo Encarnado por la observancia de los tres votos, cosa que no pueden hacer los ángeles en el cielo. Penetraos bien de su dignidad y de a cuánto obliga el hábito que vestís, porque teniendo esto bien presente en nada tendréis las cosas de este mundo, ni os acordaréis más que de Dios, a quien habéis escogido por Esposo.

5 Agradeced, primero a Dios, y después a todas aquellas personas que os han admitido en la religión; por su medio habéis alcanzado el don más precioso que en esta vida puede hacer Dios a sus escogidos después del bautismo. La gratitud os obliga a amarles y servirles a todos, deseando y procurándoles, por cuantos medios estén a vuestro alcance, todo el bien posible, no creyéndolos dignos de su compañía.

II

La Religión, Madre nuestra

6 Amad a vuestra tierna madre la religión, que os ha engendrado para Dios. Cumpliréis con este deber obedeciéndola y guardando cuanto ella os mande en la Regla y Constituciones, que habéis de observar hasta en los mínimos detalles.

7 Habéis de procurar no ser una carga para la religión, antes bien, llevad con gusto su yugo, aceptando cualquier trabajo, sacrificio e incomodidad para ayudarla y mantenerla en su vigor y esplendor.

8 Practicad todas las cosas de la religión, aun las más insignificantes, con el mayor esmero posible, pensando que cada acto es una obra de Dios. Considerad la reverencia, diligencia y es-

mero que pondría un pobrecillo llamado al palacio del rey en todo aquello que le mandasen, por bajo y humilde que fuese; él pensaría que todo era para el rey a quien servía y se tendría por dichoso de poder hacerlo así. De igual modo habéis de cumplir todos los actos de la religión por insignificantes que sean, haciéndolos con gran diligencia y amor, respeto y humildad, considerándoos felices de poderlos llevar a cabo y teniendo bien presente que son obra de Dios, y por tanto es a El a quien agradáis.

9 Desead tener mil manos y mil pies, si posible fuera, para participar en las tareas propias de la religión.

10 Dad mil saltos de santa alegría al ocuparos en las obras de la religión, íntimamente convencidos de que con ello hacéis la voluntad de Dios.

11 Al sonar la campana para algún ejercicio, sea cual fuere, pensad que es la voz de Dios que os llama.

12 No omitáis jamás acto alguno, a no ser por obediencia, caridad o urgente necesidad.

13 Todas las ordenaciones de la religión, aunque parezcan de poca importancia, son otras

tantas gradas que del modo más fácil os conducirán hacia Dios.

14 Anteponed el acto más sencillo de comunidad a vuestras conveniencias y a cualquier otro acto, por bueno y santo que lo creáis, a no ser que lo exija la mayor gloria de Dios o la caridad para con el prójimo, porque todos los actos de comunidad, efectuados con espíritu de obediencia, son santificados por la voluntad divina.

15 Corréis gran peligro de engaño si, estando en oración por propio gusto, dejareis de asistir a los actos comunes; al fin vendríais a ser inútiles para la observancia regular, que no puede mantenerse si no le son fieles todos los miembros de la comunidad.

16 Estad prestos a soportar cualquier trabajo y pena, hasta dar la vida, si preciso fuese, antes que consentir el menor relajamiento en los preceptos de la religión.

17 Ni mostréis fatiga por los trabajos hechos en pro de la religión ni penséis que os debe quedar reconocida por ellos; antes le debéis reconocimiento por haberos empleado en ellos, y tanto mayor debe ser vuestra alegría cuanto mayor fuese el trabajo que os encomendare.

18 Cuando por enfermedad o debilidad no podáis participar en algún ejercicio o trabajo, no digáis: “No puedo”, sino: “Por mis pecados no merezco trabajar por la religión, ni hacer esto o aquello”.

19 Si ocurriere estar enfermos, no echéis la culpa a los alimentos o a los trabajos, antes aceptad la enfermedad como venida de Dios, pues cuanto sucede en la religión El lo dispone y a El se ordena y, por lo tanto, ningún mal puede causaros.

20 En cuanto a la comida, tened por cierto que os aprovechará cuanto la santa religión os diere; y aunque alguna vez os hubiere sentido mal, creed que El hará que en adelante no os dañe; con ello no seréis gravosos y cooperaréis a su orden y hermosura.

21 Los alimentos que os sirven están santificados por la religión; y Dios pone en ellos una virtud tal que os aprovechen como buenos aunque sean pobres y poco sanos. Cuando Dios quiera otra cosa, El proveerá.

III

Regla y Constituciones

22 Cuidad de no introducir singularidades en vuestro modo de vivir, antes bien, guardad puntualmente vuestra Regla. Ella es el camino recto.

23 La sumisión y obediencia regular son preferibles a las altas contemplaciones, pues el Espíritu Santo es quien ha dispuesto y ordenado todas las ordenaciones y preceptos de las religiones; cumpliéndolas estáis seguros de cumplir la voluntad de Dios, certeza que no tenéis en vuestros ejercicios particulares, por buenos y santos que sean.

24 Amad con gran amor la Regla y Constituciones; observad cada uno de sus preceptos con el mayor afecto posible.

25 Debéis procurar se os instruya en las obligaciones de la Regla, y cumplid las penitencias que ella impone por las faltas cometidas.

26 Estudiad vuestra Santa Regla, fijándoos en cada punto y hasta en cada sílaba, considerando hasta la más corta palabra como inspirada, observándola con solicitud y celo. Guardaos particularmente de la ociosidad, que es tan contraria a la Regla. Vivid en silencio y seguid con diligencia a la comunidad en el coro, refectorio y demás actos comunes.

27 Portaos como si sólo vos debierais guardar la Regla y Constituciones, y ello hasta el último ápice, y que de vos depende el conservarlas en su vigor.

28 Estad prestos a dar la sangre y la vida antes que permitir el menor relajamiento en cuanto a la observancia de la Regla y Constituciones.

IV

Sencillez y perfección religiosa

29 Procurad mantener la santa observancia y la santa simplicidad, y acrecentad cada día más el celo por la observancia, haciendo que estos anhelos vayan en aumento sin cesar; o sino os hallareis movido por tales sentimientos, desead por lo menos tenerlos. Para ello, será preciso pensar y reflexionar a menudo sobre los que ya se tienen, con lo cual sin duda se incrementarán. Porque así como al poner un hierro en el fuego parece como si se convirtiera en fuego, así discurriendo y pensando frecuentemente sobre aquel incipiente deseo y tenue luz que ya se tiene, Dios infundirá un mayor deseo y una más intensa luz.

30 Los deseos de la santa observancia son otras tantas piedras preciosas con que po-

déis adornar la corona de la Virgen María; por el contrario, no haciendo caso de la observancia, vendríais a arrancar de esa corona el adorno de sus joyas.

31 Esforzaos en mantener el buen orden existente, y si Dios os inspira una más perfecta observancia y simplicidad, comunicadlo. Caso de que alguien por eso se turbase y no le agradara, compadeceos interiormente, y con un santo y prudente disimulo no le deis a entender haberos apercebido de su reacción, sino con suavidad y dulzura decidle estas o semejantes palabras: Os agrada esto, ¿no es verdad? Pues, aunque experimente cierto disgusto, en el fondo de su corazón le gustará. Después no le importunéis en repetirle aquello que no es de su gusto. Si advertís que vuestra sugerencia no ha caído bien, os aconsejo no insistáis y decidlo más bien a los superiores, pero con la humildad que siempre conviene a un hijo de obediencia; caso de que vieseis que tampoco así vaya a surtir efecto alguno, orad y guardad en vuestro corazón aquellos deseos.

32 Procurad acrecentar cuanto pudieseis la santa sencillez; aun cuando nadie quisiera extenderla a nuevas cosas, demostrad sus ventajas con vuestro ejemplo, no permitiendo que

salga de vuestras manos cosa alguna que no sea sencilla y común. Esmeraos en la observancia de todos los preceptos de la religión, ya sean de mayor o menor importancia, aunque en religión nada puede llamarse de poca importancia.

33 Esforzaos reine siempre toda aquella perfección que Dios quiere, la cual debe ir en aumento sin mirar la propia comodidad o utilidad; tened gran interés en ello y pedídselo al Señor con gran fervor.

34 Imitad a quienes, según veis por la experiencia y las obras, tienen más luz del Señor y mayor deseo de perfección, sin preocuparos de si tales personas poseen o no todas las cualidades exteriores que parezcan convenientes, fijándoos únicamente en la gloria de Dios.

V

El trato con las nuevas vocaciones

35 En todo tiempo profesad gran amor al noviciado, primer principio y fundamento de la religión, y desead que en él se pongan religiosos de los más perfectos, reservando el mejor para superior de toda la religión.

36 No consintáis que se diga cosa alguna que pueda ser perjudicial a los novicios, antes bien, ayudadles siempre, teniendo por ellos especial amor.

37 Vuestro deseo ha de ser que entren en la religión personas que le sean más útiles en lo espiritual que en lo material; ayudad tam-

bién en cuanto podáis a los recién llegados a la religión.

38 Cuidad de inculcar a cuantos entraren el celo de la perfecta observancia, a fin de que ésta se mantenga siempre.

VI

Separación del mundo y locutorio

39 Nada conservéis de los usos y costumbres del mundo, y olvidaos de vosotros mismos.

40 Esforzaos en poder repetir las palabras de San Pablo: *Per quem mihi mundus crucifixus est et ego mundo*. (Galat. 6, 14). Podréis decirlo de verdad si vuestro espíritu obra de distinta manera de como enseña el espíritu del mundo. Los mundanos aman y buscan los honores, están animados por avaricia, impureza, y miles de simulaciones y engaños. Para obrar de un modo contrario al suyo es preciso que en todo procedáis con perfecta sinceridad y rectitud de intención, que améis a vuestros hermanos con un amor verdadero y espiritual, y particularmente que practiquéis intensamente la humildad, sencillez y la verdadera pobreza religiosa.

41 Hasta en las cosas más pequeñas y de suyo indiferentes habéis de mostrar vuestra contradicción con el mundo; quiero decir, que no debéis conformar vuestra conducta a lo que en él se hace; seguid en todo un criterio distinto para no pareceros a él en cosa alguna.

42 Aborreced el locutorio, pues lo que os ha costado mucho en conseguir podéis perderlo en poco tiempo.

43 Nunca se deja el locutorio sin que se tenga después necesidad de emplear buen espacio de tiempo en borrar del espíritu lo que se ha visto y oído, y lo que le ha dejado impresionado, hasta recobrar la paz del alma.

44 Quisiera que cuando debáis ir al locutorio fueseis sólo con el cuerpo, estando con el corazón en la comunidad, de suerte que, si están en el coro, en el refectorio, o en otro cualquier acto, allí estéis en espíritu.

45 Al locutorio id sólo para vuestros padres: o estad el menor tiempo posible manifestando con vuestras palabras que no sois ya del mundo, sino totalmente de Dios como consagrados a Cristo crucificado.

46 Al recibir noticia de que vuestra familia u otros conocidos han tenido buena suerte, dad gracias a Dios por haberos dado la mejor parte, y no habléis ni penséis más en ello, antes atended a lo que os corresponde por vuestro estado y dejad que ellos se ocupen de lo suyo.

47 Sólo Dios os baste y no os preocupéis de padres ni de cosa alguna terrena y os aseguro que en El encontraréis toda clase de bienes y gozaréis cumplida satisfacción de todos vuestros deseos.

VII

Obediencia

48 Vuestra obediencia sea alegre, humilde, sencilla, pronta y perseverante, pensando que es la voz de Dios que os manda por medio de los superiores, considerándoos indignos que os sea impuesta, así como de poder cumplirla; y obedeciendo siempre que no haya ofensa de Dios y perjuicio del alma.

49 En presencia del superior, guardad una postura respetuosa, humilde y alegre, pensando, como es verdad, que él representa ante vos la persona de Dios.

50 Tened gran confianza en la obediencia, pues por ella se obran grandes cosas, y confiad que por su medio recibiréis muchas gracias de Dios.

- 51** Estimad mucho más las obras hechas por obediencia, aunque sean bajas y humildes en sí mismas, que otras de gran perfección hechas por propia elección.
- 52** Jesús se complace en el alma desnuda y despojada del propio querer tanto en las cosas exteriores como en el modo de servir a Dios, haciéndolo no según nuestra voluntad, sino conforme a El le plazca.
- 53** Es amor propio el no obedecer a los superiores cuando prohíben las austeridades, penitencias y oración.
- 54** Abandonaos de tal suerte en las manos de los superiores que puedan hacer de vos todo cuanto quieran.
- 55** Consideraos como muertos a vosotros mismos; sepultad el juicio y opinión propia.
- 56** Renunciad a todo entender, saber y querer, considerándoos como muertos ante vuestros superiores.
- 57** Hasta que no os entregéis como muertos en manos de la obediencia, no podréis jamás gustar lo que es servicio de Dios.

- 58** Si sentís repugnancia en romper la voluntad propia, poco amor mostráis a vuestro Dios, ya que no queréis esforzaros en cosa con la cual le honraréis grandemente; a saber, con renunciaros a vos mismo por su amor.
- 59** Debéis estar sedientos sea rota vuestra voluntad como el ciervo desea la fuente.
- 60** Dad por perdido el día en que no hubiereis sabido vencer vuestra voluntad, sometién-dola a otro cualquiera.
- 61** Ofreced a Dios en sacrificio vuestra voluntad y experimentaréis profunda satisfacción.
- 62** Desead no hacer nunca acto alguno que no esté consagrado a Dios por la obediencia.
- 63** Estad indiferentes a todo, y lo mismo os dé ocuparos en una cosa que en otra, desempeñar este o aquel oficio.
- 64** Cuanto más obediente seáis, tanta mayor paz tendréis.
- 65** A la obediencia consideradla como a vuestra nodriza; y así como solamente de ella toma leche el pequeño, así tampoco debéis nu-

triros de otra cosa que de la voluntad de vuestros superiores, por cuyo medio se os manifiesta el divino querer. Y como los pequeñuelos que al recibir cualquier susto se echan en brazos del ama, así cuando se os mande alguna cosa contraria a vuestra voluntad pensad que eso es lo que Dios quiere, y este pensamiento os lo hará todo fácil y agradable.

66 Tanto agrada a Jesús la virtud de la obediencia, que por ella viene a unirse al alma; como la comida, y quien la toma se unen mutuamente, así el alma obediente se une a Jesús y Jesús a ella.

67 No se puede obedecer con perfección sin sujetar el propio juicio a la voluntad y juicio del superior. De mí sé decir que me parece no obedezco, aun cumpliendo lo que se manda, si no sujeto antes mi juicio hasta en las cosas que más me repugnan, pensando como los superiores piensan y queriendo lo que ellos quieren.

68 Obedeced con gusto, pues Dios ama a quien se entrega con alegría; practicad la obediencia con cierto júbilo y contento.

69 Aunque estuviéseis en la mesa, y los superiores os mandaren algún ejercicio penoso,

humillante o inútil, cumplidlo con rostro alegre, considerándoos indigna de hacerlo y al pensar en vuestra miseria exclamad: ¡Cuánta gracia me dais, oh Señor, que estas personas me soportan!

70 Sed sencillos en la obediencia, y si os mandan alguna cosa al parecer imposible de cumplir, probad de hacerlo; si no pudiereis, id al superior y decidle: “Me habéis mandado tal cosa, que creo no podré hacer, mas si queréis que lo intente me entrego a vos confiado en vuestra obediencia.”

71 Si obedecéis con sencillez y a ciegas, no sólo cumpliendo la obra exterior, sino ayudando con vuestra voluntad y entendimiento, agradaréis mucho más a Jesús, quien pondrá sus delicias en vuestro corazón y gozaréis de mayor paz y tranquilidad.

72 Al obedecer no miréis la persona que os manda; ved en ella a Dios y obedecedla como a El, con sencillez, pues no habéis entregado vuestra voluntad a una criatura, sino a Dios, y la criatura está en su lugar.

73 Si queréis obedecer siempre con pureza, no penséis jamás quién es la persona que os manda como superior sea cual sea; reconoced

en ella a Dios y no obedezcáis por ninguna otra mira ni motivo que por ser de su voluntad lo que se os impone.

74 Pensad que no obedecéis a un gusanillo de criatura, sino al mismo Dios; y como no merecemos que Dios nos declare por sí mismo su voluntad, nos la comunica mediante sus criaturas, a las que obedecemos como a sus representantes.

75 Tan sinceramente debéis obedecer al último que tenga autoridad para ello como al superior, mirando en ellos a Dios, por cuyo amor debéis obedecer.

76 Si estáis profundamente convencidos que los superiores ocupan el lugar de Dios y que cuanto dicen y mandan es Dios quien lo dice y manda por su boca, sacaréis gran provecho de la religión y adquiriréis riquísimos tesoros de virtudes, obteniendo en particular las cinco gracias siguientes:

Primera: Dios se os comunicará cada día más y más, y aun por amor vuestro vendrá a comunicarse también a los mismos superiores.

Segunda: La obediencia siempre y en todas las cosas os será agradable, lo mismo en lo fácil que en lo trabajoso.

Tercera: Gozaréis siempre de paz y tranquilidad de espíritu, y sentiréis gran alegría y dulzura interior.

Cuarta: Podréis ayudar muchísimo más a la Santa Madre Iglesia en la oración, porque Jesús oye la oración de los que obedecen.

Quinta: Dios os recibirá como su corona; como la corona manifiesta la grandeza del Rey, así honraréis a Dios y le glorificaréis en todas vuestras obras.

VIII

Pobreza

77 La pobreza es la esposa de Jesús: y ella ha de ser la nodriza y aun el pecho de donde saquéis vuestro alimento espiritual.

78 Procurad siempre ser el más pobre en aquellas cosas que os presta la religión: escoged con preferencia lo peor y conservadlo, considerándolo no como cosa propia, sino de la religión.

79 Cuanto más pobres y sencillos sean los objetos de la religión, tanto más debéis estimarlos, ya que habéis hecho profesión de pobreza. Los pobres saben apreciar cualquier cosa, convencidos de que no van a tener cosas preciosas.

80 Todos vuestros actos han de llevar la marca de la santa pobreza, pues así como los mundanos ponen sus armas para indicar que las obras les pertenecen, así también debéis marcar vuestras obras con el sello de la pobreza si queréis que sean tenidas como de un religioso; quiero decir que todo lo que hagáis para la religión, y aun aquello que ha de salir fuera, sea conocido por su sencillez, que es la señal de la pobreza, y se vea que procede de una casa donde se vive la pobreza religiosa.

81 Al encontrar comidas mal aderezadas, no os quejéis; acordaos de la pobreza que profesáis; muy contentos están los pobres, si al mendigar alcanzan un pedazo de pan, aunque sea seco y pasado.

82 No temáis la austeridad de la vida religiosa, ni cuidéis con diligencia excesiva vuestro cuerpo, antes bien, confiad en Dios. Los pobres mendigos no piensan en la calidad de aquello que se les da, sino que sencillamente lo reciben como bueno; así vosotros debéis consideraros más pobres que cualquier mendigo porque éstos cualquier cosa que les den la pueden considerar como propia y no se le puede quitar, pero los religiosos nada tienen en propiedad.

83 Contentaos siempre con lo que os diere la pobreza de la religión, reconociendo, como es verdad, que no sois digno de tener lo que otros tienen; desead, y si llegare la ocasión complacéos de notar que os falta hasta lo más necesario.

84 Así como habéis entregado el alma a los superiores, así debéis entregar también el cuerpo, buscando siempre sufrir en todas las cosas tales como en la comida, vestido, sueño y demás ejercicios y trabajos de la religión.

85 Podréis llamaros en verdad religioso si al sentaros a la mesa no tuvierais qué comer, si necesitados de reposo no encontrareis lecho donde descansar, si queriendo cambiaros el hábito por la pobreza de la comunidad no se os pudiera dar otro. ¡Qué gran contento deberíais sentir entonces! A quien así se portare conmigo me sentiría obligada a darle mi propia sangre; doleos de no merecer semejante gracia de Dios, y si no tenéis estos sentimientos es porque no pensáis que a quien nada posee Dios se da por entero.

86 Así honra Dios al religioso que El mismo quiere ser su heredad.

87 Al menos una vez al mes echad una mirada para ver si tenéis demasiado afecto a cosa

alguna; si encontrareis algo supérfluo, privaos por amor de Dios, y si fuere necesario procurad que os sea cambiado.

88 Preferid os falte lo necesario a tener cualquier cosa de más, pues el voto de pobreza no se compagina con disponer de lo que no sea preciso.

89 Cualquier comunidad en la que con el tiempo viváis procurad que allí haya sólo necesidad y escasez, gloriándoos en la sencillez y abyección.

90 Cuanto faltare al religioso en esta vida le será dado con creces en la otra.

91 Acordaos que estáis en un destierro y por tanto no queráis vivir como en la patria.

92 Amad las incomodidades que lleva consigo la pobreza religiosa, lamentando no merecer la gracia de experimentarlas más en vosotros.

93 Estad alegres y gozaos en las dificultades, privaciones y necesidades provenientes de la pobreza santa, pues por un momento que pasa conseguiréis una gloria sin fin y por cualquier leve padecimiento alcanzaréis el premio eterno y un eterno resplandor adornará vuestra alma.

IX

Castidad

- 94** Recordad que como consagrados a Dios no debéis preocuparos de otra cosa que de El y de su agrado.
- 95** Estando consagrados a Dios con solemne voto considerad como un gran defecto admitir voluntariamente en vuestro corazón cualquier pensamiento o palabra no conforme con vuestra profesión.
- 96** Amad el retiro del mundo y huid las visitas de personas de fuera.
- 97** Si las personas del mundo conocieran las delicias reservadas en el paraíso a las vírgenes, como ciervos sedientos correrían a refugiarse en los más austeros claustros para conservarse puros y limpios.

X

Los tres votos

98 Las ataduras de los tres votos son un gran beneficio que Dios hace al alma llamada a la religión.

99 Apreciad y reverenciad los votos como algo divino; son tesoros con los cuales merecéis el paraíso.

100 Si penetraseis la dignidad que a vuestra alma le viene de la estrecha unión con Dios mediante los tres votos, haríais lo que una pobre pastorcilla escogida por esposa de un gran rey, la cual se molestaría si alguien le recordase la humildad de su cuna; así vos, desposada con el Rey del cielo, debéis rechazar con santa soberbia los pensamientos de vuestro mundo anterior.

101 Amad los votos como lazos de unión de vuestra alma con Dios, como camino que conduce al cielo, como medios con que podéis grandemente honrar y glorificar a Dios.

102 Con la verdadera y perfecta observancia de los votos daréis particular gloria a la Santísima Trinidad; honraréis al Padre con el voto de obediencia como los hijos honran a sus padres con su obediencia; glorificaréis al Verbo imitándole en la virtud de la pobreza que tanto amó y fué tan pobre que en la cruz no tuvo donde reclinar la cabeza; con el voto de castidad alabaréis al Espíritu Santo, porque siendo espíritu purísimo se complace y deleita en las almas puras y castas.

103 Renovad con frecuencia y con gran amor la consagración al divino Esposo y particularmente en los días a El dedicados.

XI

Obras espirituales

- 104** Nuestras buenas obras consideradas en sí mismas, son como el plomo; mas unidas a las de Jesús se convierten en oro purísimo.
- 105** En las obras espirituales sed humildes, fervorosos y conformes con la voluntad de Dios, sin buscar en ellas la propia reputación ni el propio gusto, sino sólo la voluntad de Dios.
- 106** Las cosas del culto divino hacedlas con el mayor fervor posible como obras que son de Dios.

XII

El Oficio Divino

- 107** Esmeraos en recitar bien el Oficio Divino y acostumbraos a estar en el coro con reverencia y devoción, pues es una de las mayores obligaciones que tenéis, y en esto de modo especial se reconoce, honra y adora la Majestad Divina.
- 108** El ejercicio de alabar a Dios en el coro es tan digno que los mismos espíritus bienaventurados con ser tan puros apenas se atreven sin temor y temblor. ¡Con cuanto mayor respeto debemos estar delante de Dios nosotros que somos criaturas tan indignas de presentarnos ante la divina presencia!
- 109** Consideraos indignos y tened como especial gracia que siendo gusanillo vil seáis

admitido a cantar las alabanzas de Dios con tantas esposas santas y con los espíritus angélicos.

110 Ofreced el Oficio Divino en unión de aquella alabanza pura que los ángeles dan a Dios en la patria celestial, pues, si bien es cierto que la nuestra no puede ser tan pura como aquella, no nos está prohibido desear poderla imitar.

111 En el Oficio Divino guardad modestia y reverencia angélicas, pues es oficio de ángeles.

112 Pensad que alabáis a Dios con los celestiales espíritus; que estáis en presencia de la Santísima Trinidad, de lo cual sois indignos y que a cada palabra deberíais postraros reverentes hasta el suelo.

113 Cuando os inclinéis al *Gloria Patri*, ofreced a la Santísima Trinidad con deseo ardiente de dar la vida por la fe de Cristo.

114 Entre los actos espirituales uno de los más gratos a Dios, al que tanto concurre con su gracia, es el rezo en común; mas, poco se penetra esta verdad.

115 Cualquier meditación u oración privada es de poco mérito ante Dios en comparación con el rezo coral del Oficio Divino.

XIII

Oración

116 La oración es un camino corto para llegar a la perfección ; en ella Dios enseña, y por este medio el alma se desprende de las cosas creadas y se une a Dios.

117 Daos a la oración ; es este trato con Dios el que hace que la criatura no se preocupe de otra cosa que de El.

118 Preferid hacer la oración ante el Santísimo a cualquier otro lugar, porque allí está Jesús presente como en el cielo.

119 Tened ansias de oración y buscad tiempo para retiraros con Dios.